

Sumario

Un aspecto fundamental en la misión evangelizadora es la espiritualidad de las personas responsables del kerigma. Monseñor Chávez Botello destaca la urgencia de diseñar el perfil y los procesos de formación espiritual de los evangelizadores, tomando como eje transversal el seguimiento de la persona de Jesucristo y la vinculación a la comunidad visible de los discípulos quienes deben ser más testigos que maestros y considerarse siempre servidores, nunca dueños de la Buena Nueva. El autor describe cinco tareas en la formación espiritual de los discípulos de Jesús: romper las ataduras interiores; escuchar a Jesús; mantener una relación familiar con el Padre a través de la oración; tener un proyecto de vida cuyo objetivo principal es la identificación y configuración con Jesucristo; y la inserción en la comunidad de seguidores del Señor.

Espiritualidad de los catequistas responsables del kerigma

Monseñor José Luis Chávez Botello
Arzobispo de Antequera-Oaxaca-México
Responsable de la sección de Catequesis del CELAM.

Los desafíos de la ignorancia religiosa en un alto porcentaje de bautizados, las mayorías pasivas, la debilidad de identidad cristiana palpable en amplios sectores de nuestras comunidades y el mundo plural donde abundan las ofertas religiosas nos exigen repensar y reestructurar la manera concreta de educar en la fe; las visiones no trascendentes, los horizontes inmediateistas y secularizantes, el relativismo moral y el agnosticismo nos impone la exigencia impostergable de diseñar con creatividad verdaderos procesos de iniciación cristiana donde el encuentro con Jesucristo vivo sea siempre el punto de partida. Solo así será posible formar cristianos maduros que vivan y compartan su fe mostrando el sentido pleno de la convivencia humana, del trabajo y de la vida; cristianos que se sientan llamados y busquen ser santos, que sean fermento de amor y de esperanza en sus ambientes y culturas; cristianos que vivan con nuevo ardor la identidad cristiana.

Esto comporta revisar y diseñar a fondo la formación de los catequistas y, más específicamente, el perfil y formación de los catequistas responsables de acompañar el encuentro con Jesucristo en el Kerigma. El catequista ha de esforzarse por mostrar en su vida el perfil del creyente que se requiere hoy y que se busca formar, ha de ser como su anuncio y visibilización.

Propongo considerar y diseñar la identidad del cristiano y el ministerio del catequista desde la perspectiva del discipulado; esto trae consecuencias prácticas y de fondo; nos sitúa dentro de la dinámica del proyecto del Padre, nos muestra lo que el Señor espera de los que lo siguen, nos da los elementos específicos de la fe cristiana y lo que es fundamental en la relación y seguimiento de Jesucristo.

Lo específico y fundamental del cristiano lo encontramos en la persona y enseñanzas del Señor Jesús; de aquí la importancia de encontrarse con Él y de seguirlo.



Diseñar el perfil y la formación de los catequistas del Kerigma, desde la perspectiva del discipulado, nos lleva a precisar con mayor claridad su identidad y tareas, nos impulsa a una formación como proceso más dinámica, nos centra en el seguimiento de la persona de Jesucristo, hace referencia explícita a la comunidad visible de los discípulos quienes, como apóstoles-enviados son más testigos que maestros, siempre servidores pero nunca dueños de la Buena Nueva.

Desde esta perspectiva del discipulado intentaré ofrecer algunos elementos que nos ayuden a ir diseñando el perfil y la formación de los catequistas-guías del Kerigma.

El discipulado de Jesucristo

El mensaje de Jesús se expresa de manera testimonial a través de la vida que lleva con sus discípulos; así lo mostraban también los primeros cristianos: «miren como se aman».

Los evangelios nos muestran el impacto que causaba el estilo de vida de los discípulos de Cristo: «¿Por qué tus discípulos no ayunan» por qué no guardan el sábado ni se lavan las manos? Los escribas, los fariseos, los seguidores del Bautista preguntaban fuertemente cuestionados ¿Por qué tus discípulos no son como los nuestros?

Todo lo que Jesús dice y hace lo va haciendo pedagogía para que los discípulos aprendan a vivir haciendo la voluntad del Padre.

Sería provechoso acercarnos a los evangelios en clave de discipulado. Los exegetas reconocen que el evangelio de San Marcos es la narración de la experiencia del apóstol Pedro recogida por Marcos, su discípulo; escribe en clave de discipulado a los nuevos miembros de las comunidades cristianas, es decir, a los nuevos discípulos.

La narración del evangelio de San Lucas se presenta en la perspectiva del viaje de Jesús a Jerusalén; pero no solo es el viaje de Jesús sino también de los discípulos y, a través del camino, Jesús los va formando y preparando para que se conviertan en sus continuadores. En este camino Jesús establece un proceso pedagógico para



educar a sus discípulos en la aceptación de la cruz, de la renuncia, del sufrimiento y de la muerte misma entendida a la luz de la resurrección; solo así serán capaces de asumir la misión.

El evangelio de San Mateo está estructurado en cinco grandes sermones, el evangelista propone como un nuevo Pentateuco en el que Jesús es el nuevo Moisés; a cada sermón sigue una narración de acciones de Jesús en la que están presentes sus discípulos; la catequesis se expresa como una enseñanza doctrinal que luego debe vivirse, es la lógica del decir y hacer. La cercanía de Jesús y sus discípulos es para entender que son estos los principales interlocutores de la acción mesiánica de Jesús; por eso se sientan a su alrededor para escucharlo y lo acompañan en sus acciones para aprender.

El evangelio de San Juan evoca en su estructura narrativa una relación entre el jardín del Edén y el huerto de la resurrección; presenta el concepto de una nueva creación, coloca estratégicamente la relación de Jesús y su madre y Jesús y sus discípulos; presenta el nuevo maná, alimento de la nueva criatura, del nuevo discípulo; al final del discurso tenemos la conmovedora pregunta de Jesús «¿También ustedes quieren irse?». En la escena de la resurrección descubrimos con facilidad el eje de Jesús-discípulos-comunidad.

El proyecto de toda vida cristiana se concreta en relacionarse directa y personalmente con Jesucristo y seguirle de cerca.

¿Cómo mostrar con claridad que toda actividad catequística y toda acción pastoral no son fin en si mismas sino medio para propiciar el encuentro y seguimiento de Jesucristo? ¿En nuestras comunidades, la posibilidad del encuentro y seguimiento de Jesucristo está realmente al alcance de todos?

En esta perspectiva de discipulado, a la luz de los evangelios, quiero destacar cinco tareas en la formación de los discípulos como imperativos para la formación de los catequistas hoy, especialmente para los catequistas que acompañan el Kerigma.



1. Romper las ataduras

La respuesta a la vocación del Señor comporta dejar todo para seguir a Jesús; Pedro y Andrés «dejando inmediatamente las redes, lo siguieron» (Mt 4, 22); Santiago y Juan «dejando la barca y a su padre lo siguieron». Jesús previene a quienes manifiestan seguirle quizá sin considerar las exigencias; a un maestro de la ley que dice seguirle a dondequiera que vaya, el Señor le previene: «Los zorros tienen guaridas y los pájaros del cielo nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 19-20). Seguir a Jesús comporta también una respuesta sin dilación; a quien pedía seguirle después de enterrar a su padre el Señor le dice con claridad «Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mt 8, 22).

El sí al llamado del Señor, la vocación al discipulado comporta dejar todo y abrirse a los demás: al joven rico Jesús le precisa: «aún te falta una cosa; vende todo lo que tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme» (Lc 18, 22). Las exigencias del discipulado van todavía más allá, comportan romper las ataduras interiores del egoísmo, del individualismo y del comodismo «El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga» (Lc 9, 23).

¿Por qué tales exigencias? El Señor llama para estar con Él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar a los demonios (cfr. Mc 3, 14-15); en el fondo, la vocación al discipulado es llamada a la santificación personal y al apostolado.

Aunque la respuesta a la vocación pide esfuerzo personal, nunca debemos olvidar que la iniciativa es del Señor, es un don, una muestra de su predilección y amor personal: «Jesús llamó a los que Él quiso» (Mc 3, 13). «No me eligieron ustedes a mí; fui yo quien los elegí a ustedes. Y los he destinado para que vayan y den fruto abundante y duradero» (Jn 15,16).

- ¿Mostramos estas exigencias en la vivencia de la fe o estamos presentando un cristianismo fácil, sin exigencias ni luchas? ¿Cómo integrar explícitamente las exigencias del seguimiento de Jesús en la formación del catequista?



2. Escuchar a Jesucristo

Escuchar a Jesucristo, es más que oír materialmente. Escuchar es oír permitiendo que la palabra penetre todo nuestro ser, es oír con y desde el corazón para que la palabra del Señor llegue al centro de nuestras decisiones. Escuchar así, lleva al discípulo a contemplar a Jesucristo para percibir también lo que hace y cómo lo hace.

Solo se puede escuchar y contemplar a Jesucristo estando cerca de El, andando con El. Los discípulos le acompañan a todas partes, están atentos a sus enseñanzas y a lo que hace; son testigos de sus milagros, de su misericordia y amor para todos, de las alabanzas y fe de muchos, de la envidia y ataques de otros. Van aprendiendo así a alegrarse y a sufrir con su maestro.

Son testigos de la fuerza transformadora de los encuentros de Jesús con personas concretas: Zaqueo, María Magdalena, la Samaritana, la pecadora, el ciego de nacimiento. Palpan cómo Jesús camina al encuentro de todos; su ministerio no es estático, recorre los caminos, «recorre toda Galilea» (Mt 4, 23) «recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando, anunciando la buena nueva del reino y sanando todas las enfermedades y dolencias» (Mt 9, 35). La visita a las casas son para Jesús lugar privilegiado de encuentro personal, oportunidad para evangelizar, para convivir, para atender a los enfermos y a los que sufren: en casa de Mateo, con Zaqueo, en casa de Marta y María, en casa de Simón Pedro donde cura a su suegra, va a casa de Jairo a resucitar a su hija.

Para aprender a escuchar a Jesús es absolutamente indispensable, como María en Betania, sentarse a los pies del Señor para escucharle (cfr. Lc 10, 38-42). Sentarse a los pies del Señor expresa confianza, sencillez, apertura total, familiaridad; sentarse es la postura del discípulo que no tiene prisa cuando le habla su Señor, está pendiente de sus labios. En la confrontación que Jesús hace a Marta, le hace caer en la cuenta que anda inquieta y preocupada por muchas cosas «cuando en realidad una sola cosa es necesaria. María ha elegido la mejor parte y nadie se la quitará». No olvidemos que en San Lucas este hecho se da camino a Jerusalén, cuando Jesús va enseñando a sus discípulos.



¿Qué es lo verdaderamente importante para Jesús? ¿En qué debe orientar sus mejores energías el discípulo y por qué? ¿Cómo relacionar-ordenar-jerarquizar la escucha y el servicio en la vida del discípulo?

La escucha y el servicio no se contraponen. Las acciones y compromisos por Jesús brotan de una única fuente: la palabra asumida en el corazón, y ésta coloca totalmente la vida del discípulo en sintonía con la de Jesús y con su camino que conduce a la plenitud de la vida; la escucha cordial de la palabra siempre lleva a la praxis, siempre proyecta a la vida. Escuchar, comporta estudiar y orar la Palabra para hacer la vida y proclamarla con fidelidad; el que escucha así a Jesucristo se siente estimulado a participar progresivamente en la comunidad eclesial y va experimentando que solo Cristo es la respuesta a los desafíos y anhelos más profundos.

El discípulo necesita tiempos de calidad para escuchar de corazón al Señor; tiempos de calidad para poner su vida en orden y poder proyectarse en la acción con mayor calidad. Así Jesús forma a sus discípulos en la unidad de vida; la unidad de vida es signo de madurez y de consistencia personal.

- ¿Qué actitudes concretas comporta formar en la escucha del corazón? ¿qué signos nos muestran que nuestros catequistas escuchan realmente en su vida a Jesucristo?

3. Orar como Jesucristo

La experiencia de discipulado introduce al creyente en una relación familiar con el Padre a través de la oración; la vida de oración es parte constitutiva de la formación e identidad del discípulo de Jesús.

Los discípulos, como judíos, oraban varias veces al día pero les impresionó ver cómo oraba Jesús: en el templo, en las sinagogas, con las multitudes, con los discípulos, frecuentemente se apartaba a solas para orar; a veces no le dejaban tiempo ni para comer pero el Señor no dejaba por nada esos momentos de intimidad con su Padre y sacaba tiempo por las noches, a veces pasaba toda la noche en oración, sobre todo en momentos especiales y antes de tomar decisiones importantes.



Los discípulos son testigos de lo que significa la oración para el Señor Jesús; el trato familiar con su Padre y vivir cumpliendo su voluntad era fundamental en la oración del Señor; Jesús sale fuerte de la oración. Por eso los discípulos tienen la sensación de no saber orar y un día le hacen la petición «Señor, enséñanos a orar», y el Señor responde con una catequesis ordenada sobre la oración (Lc 11, 2-13).

En esta catequesis del Señor se acentúan tres elementos de la vida de oración: 1) Hay que aprender la oración de Jesús; el punto de partida de la oración cristiana es la misma oración de Jesús, el discípulo siempre ora en Jesús y como Jesús, su oración es continuación de la de Jesús; Él origina, sostiene e impregna nuestra oración (Lc 11, 1-4). 2) Hay que orar con perseverancia; la oración no es fácil, especialmente cuando no encuentra respuestas inmediatas puede llevar al desánimo (Lc 11, 5-8). 3) Hay que tener confianza en el Padre; la oración de Jesús sabe a intimidad filial, a absoluta confianza; la oración pide esfuerzo pero también es gracia, en ella encontramos el rostro de un Dios Padre generoso para el cual basta pedir (Lc 11, 9-13).

La oración cristiana, aún siendo lo más espontáneo, requiere educación: ejercitarse para orar como Jesús, ejercitarse en la perseverancia, ejercitarse en la confianza en Dios Padre; todo un aprendizaje. La oración no está centrada en formas externas o tácticas infalibles sino en el ejercicio de certezas del corazón: la conciencia de filiación, la certeza de que somos escuchados, la seguridad de que Dios es generoso con sus dones a sus hijos pero para ello hay que hablarle.

La oración al estilo de Jesús siempre acerca y abre al discípulo a Dios, lo impulsa a buscar y hacer la voluntad del Padre. Por lo mismo el que ora, mejora; se va transformando y va creciendo en las virtudes: verdad, humildad, servicio, paciencia, amor, generosidad, fraternidad; en este sentido la oración siempre es eficaz. Pero también es patente que el que no ora se deteriora, empeora.

El Señor nos previene «Velen y oren para que puedan afrontar las pruebas pues el espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil» (Mt 26, 41). «Oren siempre y sin desfallecer».

- ¿Qué tareas concretas debemos implementar para formar en la vida de oración? ¿Nuestros catequistas se distinguen como maestros de oración?

4. Imitar a Jesucristo

El seguimiento de Jesucristo comporta la tarea de hacer vida sus enseñanzas y actitudes; la vida cristiana es seguir-imitar a Jesús, es hacer vida su vida, es vivir sus valores; lo fundamental es construir la propia vida sobre las enseñanzas y el estilo de vida del Señor Jesús.

La imitación de Jesucristo evoca el proceso de identificación y configuración con su persona; un proceso dinámico y vivencial, un proyecto de vida que tiene como meta y sentido de la existencia la persona de Jesucristo, una tarea permanente que dura toda la vida. En esta relación personal, en este proceso de identificación no son decisivas las técnicas sino la disposición y actitudes para lograr tener los mismos sentimientos y actitudes de Jesucristo: misericordia, cercanía, servicio, amor, etc.

Es en el camino a Jerusalén donde el Señor va formando a sus discípulos en la misericordia y en el amor; ellos son testigos de su interés por las personas, de la compasión por los que sufren y los pecadores; ven gestos de cariño: miradas, la manera de tocar a leprosos y otros enfermos, las caricias a los niños, sus lágrimas en algunas ocasiones, su entrega; lo ven libre de prejuicios sociales, raciales y religiosos.

En la parábola del Buen Samaritano aprenden que el ejercicio de la misericordia debe ser un rasgo distintivo del discípulo de Jesús (Lc 10, 25-37). Comprenden el alcance de otras enseñanzas: «ámense unos a otros como yo los he amado» (Jn 15, 12) «En esto conocerán que son mis discípulos en que se aman unos a otros» (Jn 13, 35) «nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13) «amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, oren por los que los calumnian» (Lc. 6, 27-28). «Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso» (Lc 6, 36).

El aprendizaje de la misericordia y del amor desde las enseñanzas y vida de Jesús cuestiona a fondo y pone en crisis la mediocridad de nuestra capacidad de amar.

- ¿Cómo formar en la misericordia y en el amor al estilo de Jesús?
¿Cómo introducirnos en un proceso de ejercicio y aprendizaje práctico? ¿La imitación práctica de Jesucristo forma realmente parte fundamental en la formación del catequista?

5. Insertarse en la comunidad de discípulos

El discípulo se hace en comunidad, nunca en el individualismo. Jesucristo no inicia con un discípulo sino con los doce; Magdalena sigue a Jesús junto con otras mujeres.

Desde los orígenes, los doce y la comunidad de discípulos se consideró punto de referencia indispensable para garantizar la fidelidad tanto en la doctrina como en la manera de vivir la fe. Es la comunidad de discípulos la que envía a diferentes misiones; la comunidad de Antioquia envía a Pablo y a Bernabé a Jerusalén para tratar el asunto de la circuncisión con los apóstoles y responsables (Hch 15, 1-2); el Concilio de Jerusalén envía a Judas y a Silas, junto con Pablo y Bernabé, con la respuesta (Hch 15, 22-29). Pablo asegura esta referencia con los apóstoles «para no caminar en vano». La comunión, la vida comunitaria es garantía de autenticidad y de la presencia del Señor: «Donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo».

Los Hechos de los apóstoles nos muestran las expresiones y frutos de la comunidad de Jerusalén: perseverantes en las enseñanzas de los apóstoles, unidos en la fracción del pan y en las oraciones, vivían unidos y tenían un solo corazón, compartían sus bienes y los distribuían según las necesidades de cada uno, lo hacían con alegría y sencillez de corazón, alababan a Dios y se ganaban el aprecio de todo el pueblo, el Señor agregaba al grupo de los creyentes nuevos miembros, los apóstoles daban testimonio con mucha fortaleza de la resurrección del Señor Jesús. (cfr. Hch 2, 42-47; 4, 32-37).



El encuentro con Jesucristo vivo favorece y alimenta la relación y comunicación de fe, lleva al creyente a unirse a otros en el seguimiento de Jesucristo y en la celebración de la fe; la celebración de la fe es la expresión comunitaria del encuentro con el Señor. La fe acogida y vivida en fidelidad nunca aísla sino que integra, no separa sino que abre a los demás y coloca al discípulo en el corazón del mundo.

Es bueno recordar que durante los dos primeros siglos de la evangelización, las comunidades indígenas del valle de Texcoco, de Oaxaca y de otras regiones fueron evangelizadas y atendidas pastoralmente por los franciscanos, agustinos y dominicos; los conventos de Texcoco, Acolman y Tepetlaoxtoc todavía hoy son testimonios vivos de aquellos primeros evangelizadores; en estos conventos los frailes vivían en comunidad, compartían casa, comida, sustento, estudios, venían bien preparados de España; tenían idea clara de la inculturación, lograron catecismos pictográficos hechos por los propios indígenas.

Los nuevos conversos veían en la vida de los frailes un testimonio elocuente del Evangelio. Los misioneros vivían en comunidad y compartían casa, tiempo, recursos, responsabilidades, etc. De forma parecida, las comunidades indígenas organizaron comunitariamente el sostenimiento de sus necesidades espirituales y pastorales. Todavía existe la estructura de mayordomos y fiscales; es herencia de entonces.

En el siglo XVIII por decreto del rey, y sin preparación de por medio, se produjo un trauma con el traspaso de las parroquias a los sacerdotes diocesanos; ellos llegaban asumiendo su responsabilidad como «profesionales del culto», el testimonio del discipulado dado por los frailes se rompió, la predicación se redujo a la palabra, en no pocos casos propició el individualismo y el protagonismo pastoral.

De aquí la importancia de mostrar el rostro fiel de la comunidad de discípulos en toda instancia y nivel de Iglesia; de aquí la urgencia de que todo catequista no solo conozca su lugar en la Iglesia sino que muestre con claridad y fidelidad ser representante-enviado-miembro de la comunidad eclesial. En este sentido la comunidad eclesial es origen, camino y meta de toda catequesis.



Es urgente que nuestras Iglesias Locales caminen con un estilo de vida sustentado en el compartir y en el acompañamiento personal y comunitario. Es urgente promover espacios de discipulado en todos los niveles y sectores de la Iglesia; con creatividad habrá que iniciar o fortalecer nuevas expresiones de discipulado donde se visibilice la comunión, la corresponsabilidad eclesial y la colegialidad.